



Azulejos

RODOLFO OTERO

El signo del Sol I

La princesa dormida



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



RODOLFO OTERO

El signo del Sol I

La princesa dormida

ILUSTRACIONES DE MARTÍN E. PELOZO

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **coordinación general** de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Edición y actividades: Alejandro Palermo.

Corrección: Mariano Sanz.

Realización gráfica: Verónica Carman.

Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo Carreras.

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Los editores agradecen la gentil colaboración de Rodolfo Otero en la realización de la "Pequeña enciclopedia de seres fabulosos" y en la confección de las actividades.

Otero, Rodolfo N.

El signo del sol 1: la princesa dormida / Rodolfo N. Otero; dirigido por Alejandro Palermo - 1ª ed. 3ª reimp. - Boulogne : Estrada, 2014.
224 p., 19x14 cm (Azulejos; 46)

ISBN 978-950-01-1050-1

1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Palermo, Alejandro, dir. II. Título
CDD 371.33



Colección Azulejos 46

© Editorial Estrada S. A., 2014.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1050-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

RODOLFO OTERO

El signo del Sol I

La princesa dormida

Biografía

Rodolfo Otero nació el 21 de diciembre de 1949, en Buenos Aires, donde sigue viviendo. Sus padres fueron un aviador y una maestra, lo que quizás explique su tendencia a volar (más que nada con la imaginación) y su preocupación por los chicos.



Es el mayor de tres hermanos y cursó la primaria y la secundaria en el Colegio del Salvador, excepto algunos intervalos en Villa Mercedes, en San Luis y en Montevideo. Es abogado, pero dejó la profesión para dedicarse a sus tres pasiones: la literatura, el cine y la docencia. Realizó cursos sobre tecnología educativa y diseño instruccional.

Tiene publicadas las novelas *Milla Loncó* (Premio Robin Hood 1983), *La travesía* (Accésit al Premio Lazarillo 1983), *El secreto del torreón negro*, *Una de dos*, *Un viaje muy espacial*, *El camino de Santa Fe* y *La estrella peregrina*, que fue traducida al italiano. Su cuento “El color que faltaba” apareció en el libro *Piolín de barrilete*, que reúne relatos de varios autores.

Ganó dos concursos de guiones con las versiones originales de *La travesía* y *El verano del potro*, que fue llevada al cine con las actuaciones de Héctor Alterio y China Zorrilla.

Ha dirigido cortometrajes y videos educativos, y organizó talleres de cine en varias escuelas primarias y colegios secundarios. Fue jurado en festivales internacionales de cine para chicos.

Actualmente está a cargo de cátedras de Guión en la Universidad del Cine y de Guión e Historia del cine en la Escuela Profesional de Cinematografía, y conduce un curso-taller de Video en el Colegio Nacional Buenos Aires.

En la colección Azulejos se han publicado, también, sus novelas *Milla Loncó*, *El verano del potro* y *Los paleolocos*.

La obra

El libro que llega a tus manos cubre la primera parte de una historia que se va a completar en otro libro, subtítulo *El Señor de las Sombras*. Esta advertencia es necesaria para aclarar que, si bien la aventura inicial de los protagonistas termina en este volumen, su misión definitiva recién culminará en la segunda parte.

El Signo del Sol es mi incursión en un género que siempre me apasionó como lector: la fantasía heroica. Como tal, abrevia en la mitología universal.

La acción transcurre en un mundo no determinado, que podría ser el nuestro o, quizás, una versión menos extensa de la Tierra que compartimos. También podría tratarse de otro planeta o, tal vez, de otra dimensión. Prefiero no revelarlo con exactitud y dejar que el lector dibuje su propio atlas.

El tiempo tampoco es concreto. Algunas referencias apuntan a la Edad Media, sobre todo en esta primera entrega; pero esto se debe, más que nada, a su relación con los cuentos de hadas más conocidos. Podría suceder en un pasado mucho más remoto o en un futuro hipotético. Otra vez, prefiero que el lector haga su propia elección.

Con respecto a los personajes, en el centro de la historia hay cuatro chicos, como es habitual en mis obras (un quinto personaje, cuya identidad no conviene revelar, va a cobrar protagonismo en el segundo libro). A los lectores con experiencia en el género, no les será difícil adivinar el modelo del personaje del Bardo, el mago, abuelo e instructor del grupo; y, en cuanto a los demás, a lo largo de la narración aparecen numerosos seres extraídos de leyendas y cuentos populares, y personajes que encarnan arquetipos surgidos del inconsciente colectivo que habita nuestros sueños.

El proceso de escritura se inició en un momento muy particular de mi vida y mi carrera de escritor. El texto definitivo quedó listo a fines de 1990 y no tuvo modificaciones sustanciales desde entonces. Dos novelas previas, que había dejado inconclusas, se convirtieron en algunos capítulos de la segunda parte.

La novela no solo se nutrió de elementos mitológicos de diversos orígenes —sobre todo en la continuación, que ofrece un espectro más variado—, sino también de referencias más o menos indirectas a la literatura y el cine de aventuras y fantasía, pro-

puestas más que nada como un guiño al lector. Al incursionar en estos mundos, es imposible no citar, de manera consciente o accidental, a los grandes cultores de estos géneros en ambos medios. Especialmente a J.R.R. Tolkien, C.S. Lewis, Michael Ende, T.H. White, James M. Barrie, Antoine de Saint-Exupéry, nuestro Conrado Nalé Roxlo y, en algún pasaje, hasta a Cervantes y a Shakespeare, en lo que se refiere a la página escrita. Y, con respecto a las imágenes en la pantalla que inspiraron algunos fragmentos, tengo una deuda en particular, entre otros, con Walt Disney, George Lucas, Steven Spielberg, Jim Henson, Ingmar Bergman, Akira Kurosawa, Franco Zeffirelli, Andrei Tarkovsky y las viejas películas de aventuras de Michael Curtiz, con Errol Flynn. A ellos, y a todos los que encendieron mi imaginación con la luz de las suyas, mis humildes excusas y mi sincero agradecimiento.

Y a los chicos que lean estas páginas, la esperanza de que también los ayuden a reconocer sus propios sueños y fantasías en la aventura de sus protagonistas, unidos a la idea de que vale la pena jugarse por un mundo en el que la justicia, la amistad y la compasión no carezcan de sentido.

A handwritten signature in black ink, reading "Rodolfo G. Ote". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

A Máximo y Lucía.

1

Llegadas

Fue una tarde de primavera. La primera de temperatura ideal, brisa suave, cielo intensamente azul. Una tarde en la que el sol encendía oro en el verde de las hojas.

Una tarde en la que Mariana y yo volamos con las golondrinas, corrimos con las ardillas, saltamos con los conejos, cantamos de gozo con la calandria y vibramos en las milagrosas cuatro hojas de un trébol nuevo.

No. No se trata de metáforas. Mi hermana y yo compartíamos el don olvidado, el que alguna vez el Pueblo Antiguo de los Bosques comunicó al viejo Bardo. El que él nos enseñó a nosotros, sus nietos, en tiempos de oscuridad y silencio.

Siempre me resultó sencillo, tal vez porque el abuelo me lo explicó cuando yo era muy chico. Tan sencillo, que no lo encontré más maravilloso que una gota de rocío en una flor, o un cristal de escarcha.

Al principio, entrábamos desde los ojos: bastaba con ver las plumas del pájaro brillando a la luz del sol, o el follaje del árbol susurrándole al viento. Luego, sentíamos: texturas, murmullos, música, colores, penetraban en nosotros y nos hablaban, cada uno con su propio lenguaje. Unos, con sonidos; otros, con movimientos; los más, con vibraciones. Poco a poco, todo se hacía comprensible, compartido y, por fin, vivido. Así, llegábamos a ser uno con el pájaro, con la flor, con el árbol.

El abuelo lo llamaba *Experiencia*. Mariana, afecta a las palabras enigmáticas y los misterios, lo llamaba *Transmigración*. Para mí, siempre fue un *Juego*, el mejor de todos.

Con el tiempo, se me había hecho muy fácil. Entonces, a los diez años, logré hacerlo mejor que mi hermana, que me llevaba dos. Y casi sin esfuerzo, como el abuelo, que lo conseguía a voluntad y sin cerrarse al mundo exterior. Pero él era un gran mago, el mayor de los encantadores.

Vivía en lo profundo del Bosque Umbrío, lejos de todo y de todos, olvidado por un mundo que lo consideraba una leyenda, sin más compañía que estos nietos que habían heredado su Visión y aprendido a entrar en otros seres. Los únicos que guardábamos su primer nombre, el verdadero.

•••

Había tenido muchos nombres. Y muchas vidas. Muchos pueblos lo reclamaron como suyo y lo veneraron. Siempre había regresado en los tiempos oscuros.

Como entonces.

Todo tiempo es oscuro en alguna medida; pero hay períodos en los que el Poder se alimenta a sí mismo, en los que los débiles pierden toda esperanza y los soñadores no se atreven a imaginar. Tiempos en los que la libertad es una quimera; y la justicia, una utopía inalcanzable. Tiempos de confusión, tiempos de guerra, hambre, enfermedad e ignorancia. Tiempos en los que todo puede perderse, porque la Oscuridad está cerca de la fuente de la Luz.

Tal era el tiempo que nos había tocado.

Ya sé lo que están pensando. Si tu abuelo es un gran mago, ¿por qué no los salva? ¿Por qué no sale de ese cómodo bosque, a luchar contra la Oscuridad, a comunicar la Luz?

Bueno, yo también se lo pregunté.

Y me respondió que el sabio de sabios, el gran mago, el que conoce el tiempo hacia atrás y hacia adelante, nunca había sido el libertador, sino quien le prepara el camino.

Yo no estaba muy convencido de que en el Bosque Umbrío se preparara el camino de nadie. También se lo dije.

Me contestó que tuviera paciencia. Que llegaría un día a partir del cual el camino se abriría ante nosotros.

— ¿Cuándo, abuelo? ¿Cuándo llegará?

— Lo sabrás cuando llegue.

Tenía razón. Lo supe. Una tarde de primavera. Una tarde de temperatura ideal, brisa suave y cielo azul intenso. Una tarde en la que el sol encendía oro en el verde de las hojas.

...

— ¿Estás segura, Mariana?

— Juan, ya sabes que veo en el futuro mejor que tú.

— ¡Pero yo puedo “transmigarme” mejor!

— Más te vale. Están por llegar.

Me acomodé en la colina que daba al arroyo. Ese sería el sitio del encuentro, había predicho Mariana, y también había anticipado que serían dos. Inútil preguntarle qué dos, o cómo los encontraríamos. Como al abuelo, a ella le encantaban los secretos y las informaciones a medias. A veces eran exasperantes.

No tuvimos que esperar mucho. El primero apareció pronto, un silbido que se hizo muchachito cuando dobló el recodo que da al arroyo. Era rubio, de ojos claros y rostro agradable. Tendría la edad de mi hermana, unos doce o trece años. Llevaba una camisa ancha, un pantalón ceñido, un puñal al cinto y una pequeña alforja al hombro. Caminaba

con soltura a pesar de venir descalzo, como nosotros, y de que seguramente llevaría un buen rato de marcha.

Cuando vio el arroyo, toda su cara se hizo sonrisa. Rápidamente se quitó la ropa, salvo un calzoncillo, trepó a una roca y...

Era el momento. Entré en él en el instante preciso de la zambullida. Sentí con él la caricia del agua fresca en el cuerpo fuerte y elástico aunque cansado, y el gozo incomparable de nadar, sumergirse, emerger de nuevo y flotar, libre, sin peso.

Mariana me volvió a mí, tocándome el hombro. Sin que lo advirtiéramos, el otro había llegado.

Otro chico, de la misma edad que el primero, se acercaba agachado, a hurtadillas, entre el pasto alto y los juncales de la ribera. Lo miré bien: era moreno, de ojos oscuros y vivaces. También iba descalzo, como casi todos los chicos de la comarca en esos días de primavera; pero no solo por gusto: una camisa hecha jirones y un pantaloncito corto cubrían mal el cuerpo delgado, pero todo fibra.

Cuando entré en él, sentí inmediatamente tensión, expectativa y esa emoción fuerte que acompaña a un riesgo anticipado. Iba hacia las cosas del otro chico.

¡Un ladrón! ¡Un vil ladrón! ¿Y este era uno de los elegidos que debíamos esperar? Casi me volví hacia Mariana para consultarla, pero algo en el chico me dio la respuesta.

No robaba por afición ni por vocación. Tenía un hambre de esas que lleva mucho tiempo saciar. Y no me refiero a hambre de comida. La había también, pero no era la más importante.

Seguí con él unos pasos más. Era como estar dentro de un gato. El chico rubio seguía nadando, ajeno a todo.

Una mano adelante, ahora la rodilla, la otra mano, la

otra pierna... El brazo se estiró, llegó a su objetivo... y justo entonces el otro se dio vuelta.

Fue fascinante. Con una agilidad que no sospechaba, salté de uno al otro. Y pasé, en cuestión de instantes, por la sorpresa, el sobresalto, la indignación y dos reacciones reflejas que se hicieron carrera vertiginosa. Los dos corrían con una energía que me causó envidia.

•••

El joven ladrón habría escapado, si no hubiera sido porque era el primero en sortear raíces y esquivar ramas; y, al fin, tenía la desventaja de la carga. Al entrar en un claro, el chico rubio se zambulló y le atenazó las piernas con los brazos. Me pasé a él.

Grave error. Porque el otro logró soltar un pie y le asestó tal patada en la cara que me dolieron todas las muelas.

El ladronzuelo ya escapaba, cuando el otro le gritó:

— ¡No huyas, cobarde!

El morenito giró de golpe, como una liebre que elude a un galgo, y lo encaró:

— Nadie me llama cobarde...

El rubio se incorporó, algo sorprendido. El otro dejó en el suelo el morral, la ropa y el cuchillo y se quitó la camisa raída.

— Si quieres tus cosas, tendrás que luchar por ellas.

— ¡De acuerdo! — aceptó el rubio, con una sonrisa confiada.

El claro era una palestra ideal. Los dos se adelantaron, estudiándose. Era el momento de salir, pero permanecí unos instantes más en cada uno de los dos. Y descubrí algo que me asombró.

Mi experiencia previa, con animales, y un par de ve-

ces en peleas de chicos, me había enseñado que, antes de una riña, siempre hay miedo. Miedo a perder; sobre todo, miedo a salir herido. Y, en almas nobles, también miedo a herir.

Pero estos dos no tenían miedo. Solo excitación, un entusiasmo comparable al de quien compite en un deporte. Y capté algo que me sorprendió más aún: no había odio. Orgullo, sí; amor propio, por supuesto; desafío y un cierto placer por la violencia, o tal vez por la acción pura... Pero el enojo inicial del chico rubio se había disipado; y el encono del otro al ser llamado cobarde, también.

Como fuera, decididamente había llegado el momento de terminar con el Juego. En esos casos es mucho más saludable ser un simple espectador.

Y confieso que un espectador interesado. Los dos parecían bastante parejos en fuerza y agilidad, y más o menos del mismo tamaño. Y era obvio que sabían pelear.

No me defraudaron. En un instante, se convirtieron en un torbellino de brazos trabados y piernas enredadas, tan pronto uno en ventaja como el otro, respondiendo a cada ataque con un contraataque.

Justo cuando la pelea se ponía más interesante, a mi hermana se le ocurrió intervenir.

—Hay que detenerlos —dijo, muy seria.

—¿Por qué? —protesté—. ¡Es una pelea bárbara!

—Juan, estos chicos son importantes para el abuelo. Tenemos que separarlos antes de que se maten.

—No es para tanto. Cuando mucho, alguno terminará con un brazo roto, o...

Pero Mariana ya corría hacia los fogosos combatientes.

Con la mayor naturalidad, recogió el botín en disputa y amagó llevárselo.